

CAPÍTULO PRIMERO

¿QUÉ ES UNA PASIÓN?

Aún cuando el estudio de las pasiones sea tan antiguo como las más viejas especulaciones de la filosofía, no temo emprender aquí de nuevo, pero bajo una forma especial, restringida, en términos que serán determinados con precisión. Este estudio me parece justificado por dos razones principales.

La primera es que, aún cuando las pasiones no puedan todas, y en su integridad, ser calificadas de enfermedades, a veces se acercan de tal modo a estas, que la diferencia entre los dos casos es casi imperceptible y forzosamente se establece una aproximación.

La segunda, que este término ha caído en desuso (sin motivos valederos, en mi opinión), y que no se emplea, por decirlo así, en la psicología contemporánea. Me he dedicado a minuciosas investigaciones acerca de este punto. He consultado una veintena de tratados, escritos en diversas lenguas, que gozan, por motivos diversos, del favor del público, y he observado que dos o tres apenas consagran algunas cortas páginas a las pasiones. El lector me dispensará de ofrecerle una lista de nombres que sería ociosa. En muchos autores la palabra “pasión” no se encuentra ni una sola vez (Bain, W. James, etc.). Otros la insertan de pasada, pero para confundirla con los términos “emociones” o sentimientos en general, y sostienen que puede decirse indistintamente emociones o pasiones. Otros se contentan con observar, con razón por otra parte, que es una expresión vaga y elástica; no parecen suponer que pueda ser precisada. Solo hay excepciones muy raras en este olvido universal¹.

Mientras que en el siglo XVII (Descartes, Spinoza) y hasta más tarde, se daba a la expresión “pasiones del alma” un sentido amplio que equivalía a la actual de estados afectivos, abrazando así la vida de los sentimientos casi entera, esta palabra se ha visto en nuestros días borrada de la psicología o no subsistiendo sino a título de locución vulgar. Ese ostracismo, en tanto, he podido comprobarlo, es de origen y de importación inglesa. El libro de Bain: *Emotions and Will* y la obra célebre de Darwin *La expresión de las emociones*, me parece haber ejercido, en este respecto, un influjo decisivo².

Esta definición de la emoción y de la pasión, que son dos modos distintos de la vida afectiva (o más bien la confiscación de un modo en provecho exclusivo de otro que deviene el término general), me parece aciaga y propia para embrollar una nomenclatura ya muy confusa. No se puede poner en duda que hay un gran inconveniente en designar mediante la misma palabra “emoción” de una parte estados afectivos, grandes y pequeños, violentos y moderados, efímeros y tenaces, simples y complejos, de otra fenómenos especiales, teniendo sus caracteres específicos tales como el miedo, la cólera, el disgusto, etc. Esto es tan poco racional como si, en una clasificación científica, se aplicara el mismo término al género y a sus especies.

La tendencia actual a negar a las pasiones un capítulo aparte en los tratados de psicología ha sido un retroceso. Desde fines del siglo XVII; Kant en un pasaje frecuentemente citado, marcaba entre la pasión y la emoción una distinción clara, precisa y positiva: *Antropología* (lib. III p.73). “*La emoción dice, obra como el agua que rompe el dique, la pasión como un torrente que ahonda cada vez más su lecho. La emoción es como un arrebato que se prepara, la pasión como una enfermedad que resulta de una constitución viciosa o de un veneno absorbido, etc.*” La posición de Kant, actualmente abandonada, debe ser tomada de nuevo, pero con los métodos y recursos de la psicología contemporánea y rechazando esa tesis exagerada que considera todas las pasiones como enfermedades. El objeto de este trabajo es por lo tanto, reobrar contra la corriente.

Para la claridad de mi exposición, divido las manifestaciones de la vida del sentimiento en tres grupos: los estados afectivos propiamente dichos, las emociones, las pasiones. No pretendo que esta división esté a cubierto de censuras, pero pido que se acepte provisionalmente por su valor didáctico.

¹ Por ejemplo: Höffding, *Psicología* (Madrid, Jorro editor), VI, E,5. Declara “emplear la palabra pasión en un sentido más estricto que lo hace el uso corriente, que no establece una distinción clara entre la emoción y la pasión”. En el Congreso de Roma (abril de 1905) el Dr. Renda (de Campobasso) ha sostenido también, al mismo tiempo que nosotros, la tesis de la distinción y aún de la oposición marcada entre la emoción y la pasión.

² A cerca de este punto, el pasaje siguiente, me parece instructivo. Es de James Sully, *The Human Mind*, tomo segundo, p 56: “La nomenclatura de los sentimientos (feelings) no está, en modo alguno, determinada de un modo satisfactorio. La palabra “emoción” solo comienza a ser generalmente adoptada para designar el grupo superior de los sentimientos. Los términos *afección* y *pasión* tienen también entre los antiguos escritores una aplicación que corresponde a lo que ahora llamamos pasión. Parece, sin embargo, preferible emplear emoción como término genérico y reservar afección y pasión para ciertas modificaciones. Así, es preferible restringir la pasión a las manifestaciones más violentas del sentimiento (amor y odio apasionados) que ponemos comúnmente en oposición con pensamiento o razón”. Veremos más adelante que la violencia no es propia de todas las pasiones y que su carácter específico, si lo tiene, está en otra parte.

I °– Hay estados afectivos que expresan los apetitos, necesidades y tendencias inherentes a nuestro organismo psico-físico. Constituyen el curso regular y común de la vida que, en el promedio de los hombres, no está formada de emociones ni pasiones, sino de estados de una intensidad escasa o moderada. Seguramente esta calificación es vaga, pero no encuentro otras.

Para precisar: los estados agradables o penosos, unidos a la satisfacción de nuestras necesidades nutritivas u otras, al ejercicio de nuestros órganos sensoriales, a las relaciones con nuestros semejantes, a las percepciones o representaciones de valor estético, científico, que el azar nos ofrece al paso, a las aspiraciones religiosas, etc. Todo esto constituye el contenido regular y ordinario de nuestra vida afectiva diaria. Estos múltiples estados (omisión hecha por hipótesis de toda emoción y de toda pasión) ¿cómo denominarlos?. El término general parece el más conveniente: *sentimientos o estados afectivos*. Sin duda, como no existen sentimientos *in abstracto*, esos millares de estados que surgen momentáneamente en nuestra conciencia, tienen cada uno sus modalidades propias, su composición particular, que varían según el objeto del sentimiento, según la naturaleza del sujeto que siente, según el lugar y el momento. Así la simpatía o la antipatía toma diversos nombres según que se dirige a los padres, a los hijos, a los amigos, a los compatriotas, a los extranjeros, etc; según que es habitual o accidental, ligera o viva – Los sentimientos comunes más frecuentemente repetidos tienen un nombre en los idiomas un poco civilizados, pero más allá están los que permanecen innominados, porque son raros, imperceptibles, estrictamente individuales. Nuestras lenguas, formadas sobre todo para necesidades individuales y cambios de ideas, son insuficientes para la expresión completa de lo que es *sentido*. Podrían presentarse algunos ejemplos de esto; así, se ha sostenido con razón que, en los místicos, el erotismo del lenguaje no es en ocasiones sino una apariencia debida a la imposibilidad de traducir en el lenguaje común sentimientos especiales³. Se expresa uno por analogía y esto se presta a contrasentidos.

2°. La emoción tiene como carácter empezar por un choque, por una ruptura de equilibrio. Es la reacción repentina, brusca, de nuestros instintos egoístas (miedo, cólera, alegría) o altruistas (piedad, ternura, etc.) constituida sobre todos los movimientos o suspensiones de movimientos, fenómeno sintético confuso, porque brota del fondo inconsciente de nuestro organismo y no va acompañado sino de un escaso grado de inteligencia. El conocimiento conciente no aparece sino a medida que la perturbación emocional disminuye. Tal la cólera, el raptus amoroso, el impulso orgulloso. La emoción se define por dos caracteres principales: la intensidad y la brevedad. No entro en un análisis detallado que sería inútil para nuestro objeto, tanto más cuanto que ha sido muy bien hecho por varios psicólogos contemporáneos⁴ y que hemos tratado este asunto en otro lugar.

3°. La pasión tiene otros caracteres. Provisionalmente, basta decir que se opone a la emoción por la tiranía y el predominio de un estado intelectual (idea o imagen) por su estabilidad y su duración relativas. En una palabra, y excepto algunas salvedades que se harán más tarde, *la pasión es una emoción prolongada e intelectualizada*, habiendo sufrido, por este doble hecho, una metamorfosis necesaria. Cuando más avancemos en nuestro estudio, mejor veremos que la emoción y la pasión, a pesar de un fondo común, son no solo diferentes, sino *contrarias*.

La emoción es un estado primario y en bruto, la pasión es de formación secundaria y más compleja. La emoción es obra de la naturaleza, el resultado inmediato de nuestro organismo; la pasión es en parte natural y en parte artificial, siendo obra del pensamiento, de la reflexión aplicada a nuestros instintos y a nuestras tendencias. La emoción se opone a la pasión como, en patología, el estado agudo al crónico. Hasta puede alargarse la comparación: la pasión como enfermedad crónica, tiene impulsos imprevistos que la reducen a la forma aguda, es decir, al estruendo de la emoción, una pasión muy duradera está siempre cruzada por accesos emocionales.

Notemos que no se trata aquí de una pura discusión de palabras, sino de una tentativa necesaria de separación. Cuanto más difícil es establecer divisiones claras en el mundo fugitivo e incesantemente transformado de los sentimientos, más es de desear poner al menos de relieve algunas manifestaciones de la vida afectiva que parecen tener caracteres propios, específicos y colocarlas aparte. En la psicología de la inteligencia, no se confunde la percepción, la imagen, el concepto, aún cuando la percepción esté algunas veces anegada en su cortejo de imágenes y aún cuando la imagen confíne a veces con el concepto. Hagamos lo mismo en la psicología de los sentimientos: espero mostrar que las pasiones, en sus formas típicas, tienen caracteres fijos y que, en un estudio completo de la vida afectiva, tienen derecho a un capítulo especial.

II.

Entrando en nuestro asunto, es necesario circunscribir rigurosamente. El objeto de este trabajo no es un estudio descriptivo de las pasiones, sino un ensayo de psicología general que reduciremos a las cuestiones siguientes: cómo nacen las pasiones, cómo se constituyen, como acaban.

El nacimiento de las pasiones resulta de causas internas y de causas externas.

I – Algunas palabras bastarán sobre las causas *externas*, que son las menos importantes y las más conocidas.

³ Brenier de Montmorand. Les Etats mystiques. *Revphil. Julio de 1905*.

⁴ Véase en particular Paulhan, *Phenomenes affectifs*, pag. 8 y sig.

1º. En primer lugar están las condiciones del medio exterior y las circunstancias fortuitas que favorecen el nacimiento o la expansión de una tendencia en germen, en estado latente –en términos menos oscuros y más precisos – que es demasiado poco activa para ser notada. El influjo de las causas exteriores es inversamente proporcional al poder de la predisposición, causa *interna*. Si esta es grande, basta una casualidad, un accidente fugitivo, si es débil, es necesaria la repetición de los influjos exteriores. Es el equivalente de lo que ocurre con las vocaciones intelectuales (pintores, músicos, matemáticos, mecánicos, etc.): la tendencia latente, como la vocación latente, solicitada desde fuera, invade y se abre camino.

2º - La imitación. Es el origen de un gran número de pasiones, que duran lo que pueden, una se extinguen poco a poco, otras arraigan para siempre. La distinción, debida a Tarde, entre la imitación costumbre, que es estable, y la imitación moda, que es efímera, se aplica muy bien al caso presente. Si la palabra no se prestara al equívoco, podría decirse que hay pasiones *innatas*, fuertes y duraderas, y pasiones adquiridas, débiles y de corta duración⁵. Las grandes pasiones deben poco a la imitación, y subsisten en el fondo idénticas en todos los tiempos y en todos los lugares. En cuanto a las otras, habría que hacer, conforma a la historia, curiosas observaciones sobre sus variantes, según la moda de la época. Así en amor. Me parece también que la pasión del dinero ha tomado en nuestros días la forma de la ostentación y de la prodigalidad más bien que la de la avaricia, aún cuando la tendencia que la origina permanece la misma.

3º - La sugestión es, sin duda, una forma de la imitación, pero difiere de ella parcialmente. En la imitación, la iniciativa de la repetición viene del imitador; en la sugestión, la iniciativa procede sobre todo de la causa exterior, cualquiera que sea, que obra sobre el sugestionado. Esta causa exterior puede ser, indiferentemente, un hombre o una cosa, memos todavía, una lectura. Recordemos su influjo sobre la génesis de las pasiones amorosa, estética, militar, etc. Obra hasta sobre los niños⁶.

En todo caso, la sugestión merece una mención especial, porque es la fuente de donde nacen las pasiones *colectivas*, suscitadas por las cuestiones religiosas, políticas, sociales, o hasta simplemente por algún asunto ruidoso. Estas pasiones exigen, además de la imitación, ese elemento de fermentación que es propio de la psicología de las multitudes y sin el cual no hay contagio mental.

II – Las causas *internas* son las únicas verdaderas, y en el fondo solo hay una: la constitución fisiológica del individuo, su temperamento y su carácter. Puesto que este es el origen real de las pasiones, la fuente de donde brotan, conviene insistir.

Considerado como ser afectivo, el hombre es un manojito de necesidades, tendencias, deseos y aversiones, enlazadas con su vida orgánica o consciente, cuyo conjunto forma una porción importante de su individualidad total. Puede admitirse como muy probable, si no como cierto, que en un individuo normal *todas* esas tendencias existen, es decir, que pueden manifestarse en condiciones apropiadas. Tomemos un campesino rudo, inculto y limitado. Necesidades de nutrición (comer y beber), apetito sexual, instinto ofensivo y defensivo de conservación, algunas tendencias familiares y sociales, una curiosidad pueril y sin alcance (que es una forma del sentimiento intelectual), un conjunto de creencias supersticiosas, una vaga necesidad estética que se satisface con cuentos, groseras imágenes o canciones; tal es aproximadamente todo su bagaje afectivo, que marcha a la par con un bagaje intelectual equivalente. Por humilde que sea esta muestra de la humanidad, posee una vida afectiva completa. Si entre todas esas tendencias no hay ninguna que sobresalga, si todas están al mismo nivel de medianía, realiza el tipo amorfo y le falta ese carácter afectivo que buscamos y que constituye la pasión. Pero si una tendencia cualquiera (al amor, al juego, a la bebida, etc.) se le abre paso, se pone de relieve, tenemos los primeros elementos, la forma embrionaria de una pasión.

Este tipo amorfo no es imaginario. Si no se encuentra en el sentido absoluto, ciertos individuos se acercan mucho a él, hasta con un nivel intelectual superior al de nuestro campesino.

Aún cuando no pueda ponerse en duda que tales gentes existen, preciso es, sin embargo, reconocer que la mayoría de los hombres sale de ese matiz neutro.

El organismo físico es una ordenación de tejidos, de órganos y de funciones que teóricamente constituyen un acuerdo perfecto; pero las más de las veces, el corazón, los pulmones, el estómago, las vísceras intestinales, el cerebro, los nervios, los músculos, no tienen la misma energía vital; difieren los unos de los otros en vigor o en debilidad, y en diferencias de esta naturaleza es en donde se apoya, por una parte, la doctrina de los temperamentos. Lo mismo ocurre en el organismo mental; hay ordinariamente una o varias tendencias que prevalecen e imprimen al individuo un sello afectivo bastante claro para los que le observan o le conocen. Es lo que se expresa en la vida usual por expresiones tales como: predisposición a la alegría o a la tristeza, a la expansión o a la concentración, a la benevolencia o al odio, a la timidez o a la audacia, al amor o a la frialdad, a la generosidad o a la avaricia, etc. Estos

⁵ Siendo todas las pasiones de formación secundaria, son necesariamente *adquiridas*, pero llamo *innatas* a las que han salido directa y espontáneamente de una tendencia predominante en un individuo.

⁶ “Se ven niños de doce, de trece, de catorce años, que después de haber leído un libro de viajes que les ha entusiasmado; abandonan a sus padres y se ponen en camino hacia el país de su ensueño. Este hecho ha sido señalado por los periódicos; yo mismo lo he observado en mis funciones judiciales”. Poal, *Le crime et le suicide passionnels*, p.313 (F. Alcán).

términos caracterizan al individuo en su vida afectiva como los de enérgico, débil, lento, apresurado, perezoso ... lo hacen en su vida activa. Esta predisposición, innata o adquirida, muy pronto por la imitación, expresión de todo el individuo o de la mayor parte de él, es llamada por algunos psicólogos ingleses *mood*, y por los alemanes *Stimmung*, que yo traduzco por modalidad afectiva. Sin embargo, esta disposición general es muy diferente de la pasión que es un estado especializado, no es este el terreno donde germina.

Para precisar la cuestión presentada anteriormente: ¿Cómo se forma una pasión?, me parece útil reducir los apasionados a dos tipos: el individuo de una sola pasión; el de varias pasiones simultáneas o sucesivas. Esta división es un poco esquemática, puesto que olvida los casos intermedios, pero me parece que da alguna claridad en este asunto complejo.

El individuo de una sola pasión es el equivalente de lo que algunos autores, tratando del carácter, llamando un unificado; pero en él la unidad está formada por hipertrofia, no por armonía. Este tipo, el más raro, es, en general, el de los *grandes* apasionados. Comúnmente, la tendencia se afirma muy pronto y con tanta fuerza que todo el mundo, o al menos los perspicaces, pueden decir en qué sentido se orientará ese predestinado. La pasión está aquí en toda su sencillez y justifica la definición bien conocida: exageración de una tendencia. Para no simplificar con exceso, notemos que tendencia única significa que domina a las otras de tan alto, que las reduce casi a la nada; por ejemplo, el amor al poder en Napoleón.

Los individuos de varias pasiones, simultáneas o sucesivas, son más complejos y se encuentran más frecuentemente. Su sello propio es una sensibilidad extrema que vibra a todo acontecimiento, pero que puede engendrar estados enteramente distintos a una pasión. El lenguaje vulgar y hasta los psicólogos les llaman un poco al azar sentimentales, emocionales-impulsivos, apasionados, como si estas expresiones fueran sinónimas. No hay nada de esto, y los hechos permiten establecer diferencias claras:

1º: Los sentimentales viven en el reino del ensueño o casi no salen de él. No son y no pueden ser apasionados, porque carecen de objeto fijo y de energía para obrar. Sus aspiraciones son pobres en elementos motores. Los verdaderos apasionados no son soñadores⁷.

2º: Se confunde comunmente a los impulsivos emocionales con los apasionados, aún cuando sus características sean distintas y hasta contrarias. El impulso, que es a veces una explosión, traduce la hiperestesia de los centros sensitivos, la tensión excesiva de los centros motores y la debilidad de los de inhibición. La inestabilidad de las tendencias, sin profundidad, variables, errantes, sin objeto fijo, se opone a la construcción de un estado duradero, por consiguiente, de una pasión. Tal los desequilibrados de todo género que se encuentran un poco en todas partes; así muchos hombres conocidos en las bellas artes y en la literatura, que erróneamente se califican de apasionados: Alfieri, Byron, Berlioz, E. Poe. Los documentos biográficos los revelan más bien como sensitivos inestables que se gastan en impulsos. Sin embargo, es preciso admitir formas de transiciones. Hasta en este terreno movedido, pueden nacer, durar y coexistir pasiones con las perturbaciones impulsivas. Mirabeau me parece un ejemplo. Se ha sostenido también que Alfieri tuvo una pasión: el odio, que duró toda su vida cambiando de objeto.

3º: Hechas estas eliminaciones, restan los apasionados cuyos caracteres específicos serán estudiados más tarde detalladamente y que pueden resumirse como sigue: "Lo que constituye la pasión no es solo el ardor, la fuerza de las tendencias; es principalmente la preponderancia de la estabilidad de una cierta tendencia exaltada, con exclusión y en detrimento de las demás. La pasión es una inclinación que se exagera, sobre todo que se instala con carácter de permanencia que se hace centro de todo, que se subordina las demás inclinaciones y las arrastra tras de sí. La pasión es, como se ha dicho, en el dominio de la sensibilidad, lo que la idea fija es en el de la inteligencia" (Malapert, Ob cit., p.229).

Hay, sin embargo, un punto oscuro en la génesis de las pasiones: ¿cómo sobre ese fondo afectivo, vigoroso y de apariencia homogéneos, que es su terreno predilecto, tal pasión surge más bien que otra?.

Se puede, en muchos casos, sobre todo tratándose de pasiones débiles, conceder una parte grande a las causas exteriores enumeradas anteriormente, al medio, a la educación, al azar. Pero esta explicación es inaceptable para las grandes pasiones que parecen nacer por generación espontánea. No veo más que una respuesta por analogía, en la aproximación con esa aptitud que la patología física llama una *diátesis*. Aún cuando varios autores sostienen que, en realidad, no hay más que una, que consiste en la oxidación insuficiente de los restos de la nutrición y de la acumulación de los productos de esta combustión incompleta, sin embargo, en la práctica se admiten formas especiales: artística, escrofulosa, cancerosa, nerviosa, etc. Una pasión que absorbe toda la vida no puede provenir más que de una disposición congénita análoga; por esto es por lo que antes hemos dicho que es innata e inarrraigable. Fisiológicamente, una causa exterior, insignificante, que no ejerce influjo en el hombre sano, actúa sobre el datésico en el sentido de su diátesis. Psicológicamente, un suceso fútil que no influiría en un carácter frío y reflexivo, obra en un predispuesto en el sentido de la menor resistencia. Despierta la tendencia latente, que brota a este ligero golpe y como espontáneamente, lo mismo que, en nuestra vida intelectual, un recuerdo o una idea surgen sin motivo perceptible. El hecho, por insignificante que sea, obra como principio de determinación; pero en lugar de producir el estado difuso que es propio del sentimental, las explosiones múltiples y variables que son la

⁷ En su clasificación de los caracteres, Malapert ha marcado muy bien estas diferencias.: *Les éléments du caractère, etc.* Paris, F. Alcán 1897 pag. 226 y sig.

señal del impulso emocional, orienta en el apasionado la vida afectiva en una dirección única, en que corre encauzada por efecto de un saneamiento enérgico que deseca todo lo demás.

Para acabar este examen de las causas o condiciones de nacimiento de las pasiones, añadiremos algunas palabras acerca de los influjos inconscientes que pertenecen, de derecho, al grupo de las causas internas. Como durante estos últimos años se ha hecho del término *inconsciente* “la gran panacea para todas las dificultades psicológicas y filosóficas”, y como muchas veces se emplea de un modo equívoco, declaro no hacer uso de él sino para designar un hecho conocido de todos, sin preocuparme de su naturaleza última, si es psicológica o fisiológica⁸.

La primera forma es más bien subconsciente. Citemos como ejemplos ciertos estados afectivos que se han llamado emociones orgánicas y que me parecen fenómenos idénticos a los del instinto. Baldwin ha estudiado algunos de ellos; notablemente la timidez orgánica (diferenciación del miedo) en el niño de corta edad: “Estas emociones, dice, se producen primero sin que tengamos tiempo de ver que se refieren a nuestro yo. Parecen únicamente en relación con el organismo físico, y tan estrechamente están enlazadas con la contextura del cuerpo por la herencia, que sirven para protegernos del mal o para asegurarnos beneficios, sin el auxilio de la reflexión”. Esta llega más tarde e inaugura una segunda fase en la que la emoción no es ya solamente orgánica. Pueden clasificarse bajo el mismo título las simpatías y antipatías bruscas, sin motivos conscientes, las afinidades electivas, la tendencia espontánea y enteramente natural en los unos a mandar, en los otros a obedecer.- En suma, este grupo está compuesto de instintos, en el sentido preciso de la psicología animal; y son numerosos en el hombre. Se le olvida con excesiva frecuencia, porque son eclipsados por el desenvolvimiento de facultades superiores, más complejas y adaptadas a fines múltiples.

La segunda forma es puramente inconsciente. Tómese esta palabra como sinónima de fisiológica o de mínimo de conciencia, poco importa; es esta una cuestión de origen primero, de filosofía, no de psicología. Estas causas son de la categoría de las acciones lentas. No es posible negar que los sucesos diarios dejan en nosotros impresiones fugitivas, efímeras, que no permanecen en la conciencia y, sin embargo, subsisten por bajo de ella, excitando en algún grado deseos y aversiones demasiado débiles para manifestarse al exterior, pero que se organizan por la repetición. Son hechos pequeños de la experiencia grabados en nuestra memoria orgánica, donde permanecen enterrados para siempre, como tantos otros recuerdos que el azar resucita con gran admiración nuestra – impresiones dispersas de cosas vistas u oídas. Estos residuos, similares o no, pero que se refieren todos a una persona o a un mismo objeto, obran en condiciones favorables; las predisposiciones devienen actos: este es el cimiento profundamente enterrado, ignorado, en el cual la pasión naciente encuentra un sólido punto de apoyo. No se negará el influjo de las sensaciones internas para predisponer a la pasión por la comida, a la del vino o del amor, ni del contacto perpetuo con el dinero (en un banquero, en un comerciante) para predisponer, al juego o al robo.

Estas acciones lentas y subterráneas son de una importancia igual para el nacimiento y la extinción de las pasiones. Los novelistas han descrito muchas veces el cambio que se revela en nosotros, después de una ausencia. Frente a los hombres o a las cosas, se siente uno otro; se ha producido una *conversión* sin saberlo nosotros: lo bello de otro tiempo parece feo, lo que deseábamos, repugnante. A veces lo que nos llegaba al fondo del corazón no es ya más que una visión o una representación, seca, fría, indiferente, de donde se ha retirado toda sensibilidad afectiva. Insistiremos en esto en un capítulo posterior.

Sin embargo, después de todo, estos influjos subconscientes o inconscientes no añaden nada de nuevo al capítulo de las causas internas de la génesis de las pasiones. Reducibles a los instintos o a las sensaciones internas cuyo papel es capital, o a la cerebración inconsciente, no son más que una parte (la más oscura y profunda) del carácter individual.

III.

Tomemos ahora la pasión enteramente formada para tratar de determinar su naturaleza propia y sus caracteres específicos. Recuerdo de paso que toda pasión comprende tres grupos de hechos: estados motores (deseos, aversiones), estados intelectuales (sensaciones, imágenes, ideas), estados afectivos, agradables, penosos o mixtos, simples o complejos. Esto se admite por todos, pero como son caracteres comunes a todas las manifestaciones de la vida de los sentimientos, debemos buscar en otra parte lo que pertenece a la pasión y nada más que a ella.

Sus caracteres me parecen reducibles a tres, que son, en orden de importancia: la *idea fija*, la *duración*, la *intensidad*.

1º- El primer carácter esencial, fundamental, es la existencia de una idea fija, o al menos predominante, constantemente activa, que realiza el mismo papel entre los apasionados que la concepción ideal del artista, del inventor cualquiera que sea, del hombre de recta conciencia en su vida moral.

⁸ La única posición que conviene en este punto a la psicología pura ha sido muy bien indicada recientemente “El término inconsciente tiene dos usos propios: uno es negativo; es un concepto límite con relación a todas las formas de la conciencia, todo lo que no es consciente es inconsciente. El otro es positivo y es *prácticamente* sinónimo de fisiológico. Afirma simplemente ciertas actividades nerviosas que no tienen reflejo en la conciencia. No es ya un enigma, sino un término más o menos conveniente para designar esas acciones nerviosas marginales que evidentemente modifican nuestras reacciones, sin producir, no obstante, un cambio mental apreciable”. Angell, *Psychology*, p.395 New York, Holk, 1904.

Las ideas fijas y las obsesiones han sido muy estudiadas por los patólogos contemporáneos. No utilizo de sus numerosos trabajos sino los resultados útiles para nuestro asunto, remitiendo para el resto a las obras especiales.

No se puede identificar, dicen, la idea fija normal con la idea obsesiva.

La primera es querida, a veces, buscada, en todo caso aceptada, y no destruye la unidad del yo. No se impone fatalmente a la conciencia; el individuo conoce su valor, sabe a donde le lleva y adapta su conducta a sus exigencias.

La segunda es parásita, automática, irresistible. Se acompaña, además, de síntomas físicos (angustia, perturbaciones motoras y vasomotoras, etc.), y el yo del obsesionado, confiscado por la idea fija, no tiene lucha posible contra el arrebato.

A pesar de este paralelo, es preciso conceder que el criterio de distinción entre las dos es bastante vago. Así, se ha de confesar que una concepción artística, científica, mecánica, se impone en ocasiones al espíritu con una tenacidad tal, que el hombre deviene presa suya y no es ya dueño de dirigirla, de guiarla, de recobrarla. En realidad, desde el punto de vista estrictamente psicológico interior, se es incapaz de descubrir una diferencia positiva entre el caso normal y el morboso, porque en los dos el mecanismo mental es en el fondo el mismo. El criterio debe buscarse en otra parte. Para esto es preciso salir del mundo subjetivo y proceder objetivamente; es necesario juzgar la idea fija no en sí misma sino en sus efectos. Aplicado a las pasiones, este criterio manifiesta una serie continua, que parte de la idea simplemente predominante para terminar en la idea delirante, claramente patológica.

Otra cuestión, que ha suscitado también vivas discusiones, es la naturaleza de la idea fija u obsesiva. Es este un estado complejo: está formado por elementos intelectuales y elementos afectivo-motores. De estos dos factores; ¿cuál es el esencial y preponderante?

La teoría intelectualista responde: el factor primario es la idea, que es independiente de todo influjo afectivo. Si existen perturbaciones del sentimiento, son siempre accesorias, secundarias, resultan de la coacción ejercida por la idea fija y de la reacción del individuo contra ella; esta es la tesis de Westphal, Meynert, Buccola, Tamburini, Morselli, Hack-Tuke, Magna, etc., bajo diversas normas y diversas formas.

La teoría emocional responde: la idea fija y obsesiva es el resultado lógico de una disposición afectiva, normal o morbosa, que es siempre el hecho primitivo, la causa de que la idea fija es el efecto. El origen está en la vida de los sentimientos y en las perturbaciones físicas que la acompañan; tal como la angustia. Esta tesis parece, en la actualidad, la del mayor número (Pitres y Régis, Féré, Séglas, Freud, Paul Janet, etc.)

Adóptese la opinión que se quiera, claro está que en la pasión la idea fija no vale y no obra sino por los estados afectivos y motores concomitantes, y que estos forman la parte mayor del fenómeno total. Sin embargo, la cuestión de origen no está más que apartada, sin estar resuelta: ¿es el elemento intelectual el que suscita y mantiene el estado afectivo motor?, ¿ocurre lo contrario?. Esta segunda hipótesis me parece más verosímil y comprobada con mayor frecuencia; pero confieso que es imposible dar la prueba de ello. No es dudoso que, en la vida, los dos casos se encuentran⁹.

Esta idea fija, que obra como un objeto o como un fin, que solicita sin cesar, puede venir de fuera, sugerida por un hecho exterior, como en el amor; o del interior, por la transformación de una aspiración confusa en una concepción clara, como en el ambicioso. Toda pasión es, por tanto, la especialización de una tendencia atractiva o repulsiva que se concreta en una idea y, por este hecho, alcanza plena conciencia de sí misma. El individuo se encuentra así dividido en dos partes: su pasión y lo demás. Sabido es cuán variable es la relación de proporción entre estas dos partes. En los espíritus sencillos e incultos, esta tiranía de la idea fija se traduce por la fe en un hechizo, en acciones mágicas, etc.

En suma, la idea fija es el signo si no la causa de un aumento de energía, pero con *derivación* en sentido exclusivo. Obra como poder motor o inhibitorio. Este acrecentamiento de energía, esta derivación, efecto de las causas exteriores y sobre todo de esa disposición interior que hemos asimilado a una diátesis, está localizada. No se puede dudar de que la cantidad de la acción nerviosa (cualquiera que sea la opinión que se tenga sobre su naturaleza) varía de un individuo a otro. No es posible dudar tampoco de que, en un momento dado, en un individuo cualquiera, la cantidad disponible puede ser distribuida de un modo variable. La fuerza nerviosa no se gasta del mismo modo en el matemático que especula y en el hombre que satisface una pasión física; una forma de gasto impide la otra, no pudiendo el capital actual ser empleado a la vez en dos fines. El estado psico fisiológico que se llama pasión, no se perpetúa sino en detrimento de las funciones normales, se alimenta con su empobrecimiento.

2° - El segundo carácter es la duración. Es indeterminable: una vida entera, años, algunos meses. Por vago que pueda parecer este criterio, siempre es suficiente para diferenciar a la pasión de la simple emoción, que es una manifestación pasajera e inestable. Relativamente la pasión, aún la más corta, es muy larga. Toda pasión es, pues, estable en grados diversos, porque la derivación en provecho de una tendencia preponderante produce un estado

⁹ Consúltese para más pormenores: Pitres y Régis *Semiologie des obsessions et des idées fixes*. Séglas, *Lecons cliniques sur les maladies mentales*, P. Janet, *Obsessions et Psychasthénie*, t. I, p.448 y sigs y la bibliografía abundante indicada por estos diversos autores. Arnaud, en Ballet, *Traité de pathologie mentale* después de larga crítica de las dos teorías, coloca el origen de las obsesiones y de las ideas fijas en una "lesión de la voluntad".

permanente que se opone, parcialmente al menos, a la ley de cambio perpetuo que es la vida normal de la conciencia: todo lo que no tiene relación con esta tendencia permanece en el estado crepuscular; nuestra personalidad queda extraña, no toma posesión de ella.

Hemos hecho ya la observación de que los caracteres inconstantes no son aptos para sufrir verdaderas pasiones, y de que el análisis psicológico debe rectificar en este punto la opinión vulgar que confunde a los impulsivos-emocionales con los apasionados. Por esto entre los niños en general, no se descubren pasiones, excepto una que se apoya en las necesidades nutritivas, muy desarrolladas, muy fijas, muy exigentes en ellos: la gula. Fuera de ellas, algunos casos esporádicos: amor y odio precoces, pasión por el estudio, por las artes mecánicas; y estos casos son excepcionales, porque la pasión, que es una forma *intelectualizada* de la vida afectiva, supone un grado de inteligencia que los niños no han podido alcanzar, y exige para vivir una cierta fijeza de que son poco capaces.

3º - El tercer carácter es la intensidad. No es una señal específica siempre clara, como las otras dos, y no aparece en primer término necesariamente inherente a toda pasión. Esto requiere una aclaración. El gasto de energía es evidente en las pasiones dinámicas, de aire fogoso y desenfrenado, en el deseo se afirma sin cesar en forma de actos y no se sacia. No ocurre lo mismo en las pasiones estáticas (odio, fría ambición, avaricia); pero muchas veces la intensidad del esfuerzo no es menor. Se ejerce bajo la forma de detención de movimientos; la energía permanece en el estado de tensión. Así muchos autores definen la pasión por la fuerza, aún cuando la fuerza no sea más que uno de sus elementos constitutivos¹⁰.

Preséntase aquí un problema análogo al de los niños: Los pueblos salvajes, que viven apartados de todo contacto con los civilizados, ¿son capaces de verdaderas pasiones?. Esta pregunta puede sorprender, porque se admite generalmente que la impetuosidad irresistible de los deseos y aversiones es su característica predominante: de donde se deduce el dominio de las pasiones. Es siempre la confusión ilegítima entre los impulsivos y los apasionados. Sería paradójico sostener que los salvajes no sienten algunas pasiones sencillas y primitivas, como la venganza (forma aguda del odio), el amor, la avaricia, el atractivo del juego¹¹. Sin embargo, aunque intensas, son más bien raras y de corta duración. En el fondo, son estados mixtos, híbridos; formas de transición entre la emoción impulsiva y la pasión: faltan las condiciones intelectuales para asegurar la estabilidad. A una predisposición que podía devenir una pasión si pudiera devenir crónica, se sustituye una serie de impulsos agudos, bruscos y violentos. La pasión permanece envuelta en una ganga emocional, incapaz de adquirir sus caracteres propios. Inútil es añadir que estas formas híbridas son frecuentes entre las gentes civilizadas. Ellas han contribuido en gran parte a impedir u obscurecer la distinción clara entre las manifestaciones del impulso y las de la pasión.

IV.

Terminada nuestra enumeración de los caracteres específicos, volvamos a la idea fija, para seguirla en su labor. Ella constituye la pasión por la cooperación estrecha de la asociación y de la disociación, de la imaginación creadora, de las facultades lógicas que están a sus ordenes. Después de lo dicho, apenas hay necesidad de repetir que esta labor es, en el fondo, la labor de la *tendencia* atractiva o repulsiva, causa primera de toda pasión que mantiene la idea fija. Esta es el fin consciente y la luz, nada más, obra como estado complejo (intelectual y afectivo), que podría llamarse con igual razón una emoción fija.

I.

La asociación y la disociación deben tomarse en sentido total, es decir, aplicadas a los estados intelectuales, a los sentimientos, a los movimientos.

La asociación sistemática de la pasión es tan conocida y ha sido tantas veces descrita que me limito a recordarla¹². Toda idea dominante es un centro de proliferación de imágenes, apropiadas a su naturaleza. Su poder de atracción se ejerce no solo sobre los estados de conciencia en relación inmediata con la pasión, sino que por extensión o transferencia se prolonga bastante más allá, absorbiendo en sí las personas y las cosas por vía indirecta. Se ha notado que los sentimientos de forma deprimente, como la tristeza y la emoción tierna, producen un retraso del proceso de asociación y un aumento del tiempo necesario para que se produzca; este es el tipo del ensueño sentimental. ¿Es esta afirmación aplicable a las pasiones *estáticas*, siendo así que por su naturaleza no hay razón

¹⁰ Así, en el reciente *Dictionary* editado por Baldwin, se encuentra como definición: "Passion: A strong and controlled emotion"; "strong and incontrolled emotion, so strong as to exclude or overpower other mental tendencies".

¹¹ He aquí un ejemplo tomado de Lumholtz, de sus exploraciones en Australia: "El amor entre los australianos puede llegar hasta la pasión. Un negro civilizado había raptado a una mujer de otro negro. Como amaba a su raptor, ella no se hizo rogar para seguirle; pero los blancos, que querían conservarla para su servidor negro que, ausente ella, languidecía, la volvieron a traer, amenazando de muerte al raptor si reaparecía. Sin embargo, el amor le venció; el hombre volvió a la carga e intentó por segunda vez llegarse a su bella; fue condenado a muerte por los blancos". *Voyage au pays des cannibales*, pag 276. Podrían citarse sin esfuerzo casos análogos en otras pasiones.

¹² V. Bain, *Emotions*, cap. I & 20. Para el estudio general de los sentimientos en sus relaciones con la asociación, remitimos a nuestra *Psicología de los sentimientos* parte V, cap.XII (Madrid, Jorro editor).

para tratar de las otras?. Es esta una hipótesis poco verosímil, puesto que toda pasión exige un aumento de energía virtual y actual. En rigor, se puede admitir que las asociaciones que las constituyen se realizan en límites más restringidos y solamente por relaciones directas con la idea dominante; así sus construcciones imaginativas son más bien reflexivas que exuberantes.

El trabajo de *disociación*, aunque evidente, ha sido menos notado. Toda pasión encierra una virtud eliminatoria. Su aparición es la de un principio de detención, de aislamiento imperioso de un estado de conciencia entre todos los demás, de disgregación de las series antiguas. Tiene necesidad de ruinas para edificar, como un ser vivo, no toma en su medio sino lo que puede alimentarla. La pasión no solo excluye del campo de la conciencia todo lo que le es extraño, sino que elimina de su objeto amado, odiado, ambicionado, todo lo que contradice esta afirmación implícita que está en el fondo de sí mismo: mi objeto es lo que más pueda desearse.

Finalmente, alrededor de la idea dominante, centro de atracción y de repulsión, por este doble procedimiento, de asociación y eliminatorio, se construye un edificio sólido, afianzado contra los embates, que muchas veces no se derrumba sino con el individuo.

II-
Esta etapa preliminar basta quizá para pasiones muy sencillas y para gentes de imaginación pobre; pero es un error suponer que la asociación y la disociación, por sí solas, expliquen el mecanismo intelectual de las pasiones. Preparan el camino a otra función del espíritu, que es la imaginación.

Se ha escrito mucho sobre su influjo, sobre todo por los moralistas. Todos los imaginativos, se dice, son apasionados, pero esta afirmación, a más de ser vaga, tiene el defecto de predisponer a la creencia de que la imaginación es siempre la causa y la pasión el efecto; ahora bien, la tesis inversa parece, en la mayor parte de los casos, mucho más verosímil, como se mostrará más adelante. En todo caso, la cuestión es compleja, y es necesario dividirla para tratarla con precisión.

La palabra “imaginación” tiene varios sentidos, y ya por sí misma se presta al equívoco. Hay primero la forma inferior (reproductora), simple repetición de las experiencias pasadas. Espontáneo o provocado, este proceso mental no excede del nivel de la asociación, no introduce un elemento nuevo. Sin embargo, teniendo las representaciones, en sus formas vivas, la claridad y el relieve de la percepción, aproximándose hasta a la alucinación, ¿son diferentes a la génesis de las pasiones?. No; pero con la condición de la presencia y de la eficacia de un elemento afectivo que será mencionado a continuación. De todos modos, bajo esta forma no organizada, la imaginación, aún intensa, parece estar más bien en relación con el temperamento impulsivo-emocional. Creo que de esto podrían presentarse pruebas teóricas y efectivas; pero esta digresión rebasaría mi objeto.

La imaginación creadora o constructiva (organización de imágenes) es un elemento nuevo y un fermento introducido en la vida de los sentimientos. Formada por elementos diversos que convergen a un mismo fin como la pasión, es un principio de unidad, no de dispersión y, en el apasionado, se pone al servicio de la idea dominante.

Imaginación creadora es un término que se resuelve en especies bastante numerosas, que no tienen entre sí más que un punto en común: la invención. Es inútil enumerarlas¹³; podemos reducirlas a dos tipos principales:

La imaginación de libre desarrollo, que prevalece en la literatura, en las bellas artes y en la vida común bajo la forma novelesca;

La imaginación que está sometida a un determinismo más o menos estrecho, que para lograr su objeto exige la intervención incesante de la reflexión, del razonamiento, del cálculo: como en las ciencias, en las artes mecánicas, en el comercio, en la política y el arte militar.

A primera vista, nos inclinaríamos a creer que la imaginación de los apasionados es enteramente aferente en la forma libre. No hay nada de esto. Las pasiones dinámicas están en su mayor parte emparentadas con el primer tipo; las estáticas con el segundo. La relación varía según la naturaleza de los fenómenos y está impuesta por ella. Hay, además, fuerzas mixtas, que participan del uno y del otro. En los apasionados dotados de una inteligencia poderosa, los dos tipos coexisten. Así Taine muestra que Napoleón “tenía en el grado más alto la imaginación constructiva”, no solamente la de un gran general y de un ambicioso, sino que “soñaba con hacer de París el centro de Europa, residencia del Papa, con cuatro millones de habitantes, teniendo en él sus palacios los reyes subordinados, etc.”. recordemos también su pasión por las poesías atribuidas a Ossian.

Entre el desenvolvimiento de la pasión y el de la imaginación, hay un influjo recíproco. Esto es evidente; pero puede plantearse la cuestión: ¿Cuál es causa? ¿Cuál es efecto? ¿Es el desarrollo de la pasión el que despierta a la imaginación? ¿Es el trabajo imaginativo el que suscita la pasión?. La respuesta varía según los casos. Sería ocioso insistir y reanudar con este motivo una discusión que repetiría la habida sobre la idea fija. Lo más importante es determinar el carácter propio de la imaginación de los verdaderos, de los grandes apasionados. No me parece haberlo señalado. Consiste en esto: que *su imaginación es, sobre todo, afectiva*.

No quiero, aún de pasada, disertar sobre la cuestión de la memoria afectiva, que he estudiado largamente (*Psicología de los sentimientos*, I, capítulo XI), ni responder a las objeciones de los que la niegan, probablemente porque no la tienen. Tengo por asentado que existe en muchos hombres, sino en todos. Esta forma de imaginación

¹³ Para el estudio detallado, remitimos a nuestro *Ensayo sobre la imaginación creadora*, 3ª parte (Madrid, Jorro editor).

afectiva es necesaria a los apasionados (como también a los impulsivos emocionales). Las imágenes de origen objetivo (visuales, auditivas, táctiles, motoras), representaciones internas del mundo exterior, no son, en ellos, simples estados intelectuales, sino que van acompañadas de un estado afectivo experimentado en el pasado, resucitado en el presente, que es el *elemento principal* de su estado de alma total; las imágenes sensoriales no son sino su condición, su apoyo y su vehículo en la conciencia¹⁴. Para el amante que oye interiormente la voz de su amada, o para el poeta el sonido de las campanas que han encantado su infancia, el sentimiento reavivado es casi todo, la representación interior no es casi nada. El avaro del tipo clásico, que en su imaginación ve y palpa el oro y los billetes amontonados en su caja, no tiene solamente representaciones visuales y táctiles, sino al propio tiempo recuerdos afectivos; sin ellos no hay pasión. Con imágenes de esta especie es con lo que están formadas las pasiones reales. Compárese una misma pasión, tal como el amor, en un hombre desprovisto de imaginación, o de imaginación mediana, o de grande imaginación sobre todo intelectual, formada por imágenes sensoriales (V. Hugo), o de imaginación sobre todo sentimental, rica en imágenes afectivas (J-J. Rousseau): sin más la forma propia de la imaginación del verdadero apasionado aparecerá claramente.

Entre los materiales que la pasión emplea para construir su ideal, modificarlo, renovarlo, es preciso, por tanto poner en primer lugar la memoria afectiva. La pasión, a causa de su persistencia, vive no solo en el presente, como la emoción, sino en el pasado y en el porvenir; se alimenta de reviviscencias, de recuerdos que no pueden ser representaciones secas, enteramente intelectuales, como la del ingeniero que construye un puente, o la del empleado de ferrocarriles que combina un horario de trenes. Estos estados de conciencia deben ser afectivos, recordados o anticipados como tales, con las deformaciones y metamorfosis que sufre fatalmente toda imagen, y la imagen afectiva más que otra. Seguramente, el recuerdo afectivo así reavivado no tiene en la conciencia una existencia independiente y aislada; va siempre unido a algún estado intelectual que le ha acompañado anteriormente. Por la naturaleza de las cosas no puede ser de otro modo, y los adversarios de la memoria o de la imaginación propias de los sentimientos han parecido deducir una objeción contra ellas de este hecho. Piden lo imposible, lo contradictorio. La vida afectiva pura, sin ningún estado intelectual que la fije, es tan vaga y tan excepcional, que casi no entra en cuenta en la imaginación reproductora ¿Pero no se encuentran casos en que una sensación, una imagen tan fugitiva que su duración es de algunas milésimas de segundo, evoca bruscamente en nosotros sentimientos de nuestro pasado, tan copiosos, tan exuberantes, que el estado intelectual se ve sumergido y absorbido?. El coeficiente afectivo ha alcanzado su valor máximo.

Necesariamente, la imaginación ejerce un influjo en el desenvolvimiento de la pasión. En los imaginativos, aún poco pronunciados, se forma un ideal de amor, de lucro, de poder, de venganza, etc., que el individuo se esfuerza en perseguir y en realizar, con variaciones incesantes sobre este tema. Pero si se ha comprendido la importancia del coeficiente afectivo, se ve la diferencia fundamental que debe producirse entre la pasión sentimiento y la pasión intelectual, la del corazón y la de la cabeza, la profunda y la superficial, la verdadera y la falsa.

En los intelectuales, el trabajo de la imaginación ilusoria, da apariencia de solidez a una pasión sin fijeza, que no es muchas veces más que un fantasma o un ejercicio de *dilettantismo*.

En aquellos en quienes el elemento afectivo de las representaciones es el principal, la imaginación crea o mantiene pasiones verdaderas que son dueñas de todo el individuo y no se prestan a sus caprichos.

Finalmente, se llega a esta conclusión un poco paradójica: que la imaginación creadora (en el sentido usual), es decir, la facultad de construir un mundo fantástico con imágenes sensoriales, es más apta para engendrar pasiones ficticias que pasiones reales, y que, bajo esta forma, su influjo sobre la vida pasional es menor de lo que se cree.

Por el contrario, con la amortiguación relativa de las imágenes sensoriales y el refuerzo de su coeficiente afectivo, la imaginación está en el fondo mismo de la pasión; es menos un influjo que una participación esencial, y como los estados de conciencia complejos obran en razón de su complejidad, la energía de la tendencia (fondo de toda pasión) se aumenta en lo que la construcción imaginativa añade a ella.

III-

Con las operaciones lógicas subimos un grado. Aquí se presenta una antítesis: la pasión no razona, esta es la opinión general; la opinión razona, es la opinión de algunos psicólogos. Las dos tesis son irreconciliables. Para comprenderlo, es preciso penetrar en la complejidad del estado pasional y mostrar que contiene: de un lado, una función lógica *intrínseca*, interior, inherente a toda pasión, siempre y en todos lados, y dependiendo de la lógica de los sentimientos; de otro, operaciones lógicas *extrínsecas*, superpuestas, que dependen de la lógica racional y se producen bajo dos formas: el razonamiento de construcción y el razonamiento de justificación. Tenemos pues, que examinar tres operaciones del espíritu.

1º-

Todo estado de pasión, para constituirse, mantenerse y crecer, tiene necesidad de elementos. Le son proporcionados, como hemos visto, por la asociación ayudada de la disociación, sin embargo, esto no es una explicación; porque esta atracción (o repulsión) ejercida por la tendencia preponderante y la idea fija en que se

¹⁴ Haré notar incidentalmente que las imágenes olfatorias y gustatorias, que muchas gentes son capaces de evocar a voluntad, están en estrecha conexión con las pasiones nacidas de necesidades nutritivas y sexuales.

encarna, no es casi más que una metáfora que expresa solamente la parte clara y perceptible del mecanismo, sin mostrar el resorte que mueve y que está en el fondo mismo de la persona. Ahí hay que buscar el origen de la estructura lógica que, en un grado cualquiera, constituye la armazón intelectual de una pasión.

Cuando una tendencia ha pasado del nivel del instinto puro para llegar a la plena conciencia de su objeto (y solo a costa de esto es una pasión), se crea en el individuo una actitud exclusiva, unilateral, en virtud de la cual todos sus juicios no dan un valor a las personas y a las cosas, sino en tanto convergen hacia un fin y le favorecen; todo lo que es extraño o antagónico es considerado sin valor. La operación lógica que hay en el fondo de toda pasión, fórmese o se mantenga, es, por tanto el *juicio de valor*. He insistido en otro lugar (*Lógica de los sentimientos*), pag 32 y sig.) en la naturaleza de estos juicios, que pueden llamarse también juicios afectivos. En oposición al juicio o concepto puramente racional, contiene dos elementos: el uno intelectual, el otro emocional, cuya relación varía en grado y en importancia según los casos. Claro está que en el individuo apasionado el elemento emocional es preponderante, y obtiene su valor y su no –valor de su acuerdo o de su desacuerdo con el objeto de la pasión.

Este juicio afectivo recae sobre las percepciones propias para suscitar o aumentar el amor, el odio, la ambición, etc.- sobre las imágenes sensoriales propias para producir el mismo efecto – sobre estos estados de conciencia que he propuesto que se llamen “abstractos emocionales”, imágenes que se reducen a algunas cualidades o atributos de las cosas que ocupan el lugar de la totalidad y que son escogidos o eliminados por razones diversas, *pero siempre de origen afectivo*; en otros términos, porque nos agradan o nos desagradan. La acción de este juicio de valor consiste, por tanto, en reforzar el elemento afectivo en los estados de conciencia evocados por las circunstancias y arrastrar en una misma corriente a los que son adecuados al fin indicado por la idea fija. Este juicio de valor es la única operación lógica, muy sencilla, muy elemental que existe en todas las pasiones.

¿Es posible ir más lejos y admitir un verdadero razonamiento, una operación mediata más o menos larga, terminada por una conclusión; suponer que a continuación de juicios de valor, positivos o negativos, se deduce que una persona *debe* ser amada, odiada, un fin perseguido, abandonado?. Esto parece presentarse en la etapa preliminar a la constitución de ciertas pasiones, en el periodo de tanteos y de indecisión; pero cuando la aparición es rápida o la pasión está formada, es decir, en la mayoría de los casos, esta hipótesis es muy aventurada. La conclusión parece más bien un resultado de la reflexión aplicada a la pasión enteramente formada, que un elemento que contribuye a formarla; porque en la lógica de los sentimientos, que procede al revés de la lógica racional, la conclusión (el fin) está dada de antemano; determina el valor de los juicios, en vez de estar determinada por ellos.

Sin embargo, pueden presentarse, como lo ha hecho G. Dumas¹⁵, casos de verdaderos razonamientos. (Hablo únicamente de los que son inherentes a la pasión misma, intrínsecos; más adelante nos ocuparemos de los demás). No estoy seguro de que dos casos citados por él necesiten el silogismo que supone: un francés se enamora de una joven inglesa, porque habla el francés como lo hacen los niños; una mujer queda prendada poco a poco de un amigo de su padre, porque le recuerda mucho a éste. En mi opinión, una simple transferencia de sentimiento por semejanza basta para explicar las dos pasiones. Pero el autor presenta hechos más decisivos: una mujer, celosa de una española, encuentra a su marido fumando un cigarro español y le maltrata *incontinenti* en la calle. En este caso el razonamiento es evidente; hay una conclusión: se trata de un regalo de la mujer que cree rival suya. De ordinario, estas formas de razonamiento; inductivas, o deductivas, propias de la pasión, son incorrectas, sin valor probatorio, están clasificadas desde hace mucho tiempo entre los sofismas¹⁶. Pero, en la psicología de los sentimientos, hay que desconfiar de la ilusión intelectualista que consiste en suponer razón en todo y en todas partes. Seguramente, es posible, con un poco de destreza, reducir el mecanismo de una pasión a una serie de deducciones, de inducciones y hasta transformarle en silogismos. Esto responde a una necesidad subjetiva de comprenderla y no se da uno cuenta de que, cubrirla con ese disfraz racional, es alterarla, desnaturalizarla. Es necesario, en la medida de lo posible, estudiar la pasión objetivamente, tal como ella es, es decir, extraña a la razón por naturaleza, racional por accidente. Pasemos de la lógica interior, la única necesaria, y de que la pasión no puede prescindir, a la lógica exterior, que no es más que un instrumento de perfección.

2º- El *razonamiento constructivo*, no es, evidentemente, más que un auxiliar. Es propio de la facultad creadora, no de la pasión misma; es un razonamiento imaginativo, no un razonamiento pasional. Notemos de paso que no conviene hablar de razonamiento en general, porque la operación lógica difiere según la naturaleza de las pasiones; no puede ser la misma en el enamorado y en el avaro, en un fanático y en un jugador. Lo que hay de común en todas las pasiones, en cuanto han pasado de la animalidad, es una construcción imaginaria, amplia o limitada, rica o pobre, permanente o variable, según la naturaleza de los espíritus. Esta construcción, nacida de un deseo o de una repulsión, y que los mantiene a su vez, exige en diferentes grados un sostén lógico.

Para simplificar, me parece conforme con la experiencia dividir a los apasionados en dos grandes clases: los violentos, los reflexivos o calculadores.

¹⁵ La asociación de las ideas en las pasiones. *Revue philosophique*, 1891, tomo III, pag. 483 y sig.

¹⁶ He estudiado en la *Lógica de los sentimientos*, capítulo III; sección I, el razonamiento pasional como forma particular de esta lógica, mostrando mediante análisis que es la interpretación rápida de indicios percibidos por intuición sin preocuparse para nada de la prueba.

Tomemos como ejemplo del primer tipo el enamorado loco, el celoso feroz, el jugador desenfrenado, el corso o el napolitano ebrio de venganza, el fanatismo religioso o político. Por sus caracteres, esos estados se acercan al instinto, del cual no difieren sino por una complejidad mayor y la clara conciencia del fin. Son impulsos más bien que pasiones o, mejor aún, momentos impulsivos, crisis frecuentes de un estado apasionado permanente. El elemento lógico, por la naturaleza de las cosas, ocupa un lugar exiguo, y no puede tener más que una aplicación intermitente.

Queda el otro grupo: el enamorado que combina los procedimientos propios para favorecer su pasión, el odio que urde sordamente su trama, el ambicioso que traza su plan y, como un general hábil, le modifica el agrado de las circunstancias. Aquí el razonamiento racional entra en escena para desempeñar a veces papel muy importante. Pero, cuidado, el razonamiento es exterior a la pasión; está a sus órdenes, al servicio del deseo, que es su elemento esencial; es un factor, auxiliar, no integrante, del estado pasional. Es una adición al mismo.

3°

Mucho más exterior todavía es el *razonamiento de justificación* que, como en otro lugar hemos mostrado, es una manifestación parcial del instinto de conservación. Aplicado a una pasión o a una creencia, cualquiera que sea, es un esfuerzo del individuo para mantener su estado y defenderlo contra todos los golpes. Puede compararse a un conjunto de fortalezas avanzadas que la pasión dispone a su alrededor para garantía de su seguridad. Por lo demás, es de tal modo accesorio, que el individuo apasionado no se digna muchas veces servirse de él para consigo mismo o para con los demás.

En definitiva, pensamos que el análisis precedente justifica el aserto de que la única operación lógica que sea el *proprium quid* de la pasión, es ese juicio de valor, sin cesar repetido, que afirma o niega, escoge o elimina, según la regla invariable de la lógica de los sentimientos, que está regida por el principio de finalidad. Todo lo demás es útil, pero añadido. Sin duda es bastante considerable todavía, en muchos casos, la parte de la lógica racional ¿Cómo admirarse de ello, puesto que, de todas las formas enérgicas de la vida afectiva, la pasión es la más intelectualizada? A elementos extra-sentimentales debe su firmeza de contornos, su estabilidad, su duración; por ellos va más allá de las manifestaciones efímeras del impulso y de la emoción. Pero para ella, los procedimientos de la lógica racional no por eso son menos un medio, un instrumento de que hace uso, sin que formen parte de ella misma.

Según este análisis, la pasión, vista *sintéticamente* es, por tanto, un sólido haz de fuerzas cooperadoras: en el centro una tendencia enérgicamente dirigida a un objeto fijo; arrastrando en su torbellino percepciones, imágenes e ideas; añadiendo a lo real el trabajo de la imaginación; sostenida, en fin por una lógica racional y extra-racional. Así se explica su poder irresistible y el aniquilamiento de la voluntad que la sigue.

V-

Muchos autores han tratado de las relaciones entre la pasión y la voluntad. Han descrito el periodo de lucha entre la pasión naciente y la actividad voluntaria que, en el estado normal, escoge, cambia, modifica según las circunstancias, y ahora se estrella contra un obstáculo inesperado. Luego, el fin de la lucha: la pasión en el estado de sistematización completa, invencible, absorbiendo a todo el individuo; la acción por arrastre, no por consentimiento; la desaparición total del poder voluntario. Inútil es volver sobre estos hechos, tan conocidos y tan frecuentemente descritos. Pero conviene añadir algunas observaciones finales sobre la actividad *motora* y sobre su papel variable según la naturaleza de las pasiones.

Aun cuando la opinión vulgar, traducida en los idiomas, no parezca ver en las pasiones sino un estado de sufrimiento (*pati*), la sujeción del individuo por una fuerza exterior a él, considerada bajo otro aspecto, la pasión es, por el contrario una de las formas más manifiestas de nuestra actividad. Fisiológicamente, modifica la inervación centrífuga, eferente, consiguientemente la circulación, la tonalidad vaso motora, la respiración, las secreciones, en resumen, toda la vida orgánica y además los movimientos. Como las pasiones no son inmanentes, sino activas, las manifestaciones motoras son su emanación directa y forman parte integrante de ellas. Pero la actividad motora no es idéntica en todas las pasiones, más exactamente en todos los apasionados. Pueden distinguirse dos tipos: el uno de impulso, el otro de detención.

El primer tipo es el de las pasiones llamadas dinámicas, que conservan, lo hemos visto, una afinidad de naturaleza con los instintos, impulsos y emociones. La pasión parece lanzarse del fondo del individuo, pasa por entero a sus instrumentos, se apodera de ellos, los posee, en ellos se condensa. Los movimientos adquieren un carácter repentino, una brutalidad, una energía que muchas veces desafían todo freno. El hombre despliega desordenadamente toda su fuerza, su ser pasa por entero a lo que hace; los más débiles pueden realizar prodigios. Sus caracteres pueden resumirse así: el elemento motor es el más fuerte, el elemento intelectual es el más débil.

El segundo tipo, es el de las pasiones estáticas, más bien emparentadas con la reflexión que, por su naturaleza, es inhibitoria. No es ya la fuerza sola, sino otras cualidades de la acción: finura, destreza, sutileza, unión calculada de violencia y de paciencia, de arrebatos y de circunspección; suspensión de los movimientos, de los gestos expresivos,

de las palabras. Sus caracteres pueden resumirse así: el elemento intelectual es el más fuerte, el motor es el más débil.

Nada digo de las formas intermedias, probablemente más frecuentes que los tipos puros. No doy tampoco ningún ejemplo concreto, porque siendo individual la pasión varía según el temperamento y el carácter. Así, el amor es más bien, por naturaleza, del primer tipo; pero a veces toma la forma del segundo. La ambición pertenece, por derecho, al segundo tipo, pero se acerca muchas veces al primero. Mi único objeto es recordar que, en todas las pasiones, hasta en las más tranquilas aparentemente, hay siempre elementos motores virtuales o actuales y que, en este punto, la diferencia entre los dos tipos es menos de fondo que de forma.
